

GHADA

“Nuevos bombardeos en Siria”.

El titular me parecía tan distante, como si estuviese hablando de un país remoto (y geográficamente, lo era), pero, en realidad, ese periódico informaba sobre la guerra de mi propio país.

Me llamo Ghada, tengo doce años y mi vida empezó a cambiar hace aproximadamente cuatro.

Una mañana de marzo, me desperté antes de lo normal para acabar la tarea y fui caminando hacia mi colegio, recorriendo como todos los días unos cinco kilómetros. Pero ese día no era un día cualquiera. Aquel quince de marzo de dos mil once, al volver del colegio, no había nadie en mi casa. Al principio no me preocupé, ya que podían haberse quedado a hacer horas extras en sus respectivos trabajos, como muchas veces han hecho. Pero al llegar las doce de la noche, mis cinco hermanos y yo nos empezamos a asustar. Mi hermano mayor Khaled fue a buscar a mis padres, mientras los demás nos quedamos en casa, siguiendo sus instrucciones. Cuando volvió, tenía el rostro más triste que nunca y uno de mis hermanos, el más pequeño, se echó a llorar nada más verlo. Mi hermano Khaled nos explicó con paciencia que nuestros padres estaban en un lugar mejor. Yo no entendía nada; estaba perdida, sin mamá. Muchas preguntas rondaban por mi cabeza. ¿A un lugar mejor? ¿Por qué se había ido y no me había llevado con ella? Y lo más importante, ¿qué iba a hacer sin mi mamá? Todavía recuerdo las caras de mis hermanos, tan indefensos, sin saber qué hacer y sin rumbo... Nos repartimos las tareas de casa y Khaled y Fátima se pusieron a trabajar para sacarnos adelante. Todas las noches, nos reuníamos los seis y contábamos historias hasta que nos dormíamos; imaginábamos una vida feliz, con papá y mamá, como antes. Mi hermana Fátima se iba a trabajar de madrugada y no volvía hasta por la mañana. Recuerdo que un día le pregunté en qué consistía su trabajo y ella me contestó que lo que hacía era vender su cuerpo. A mi corta edad, no entendía qué clase de trabajo era ese, pero mi hermana parecía feliz por traernos dinero a casa así que supuse que era un buen trabajo.

Tras varias semanas sin salir de casa y con nosotros ya acostumbrados a nuestra nueva vida sin papá y mamá, empezaron los truenos. Todas las noches, día tras día, cuando estábamos en nuestras camas, se oían truenos y gritos de gente por la calle. Mis hermanos, hermanas y yo dormíamos atemorizados porque los truenos estaban más cerca cada noche. Un día, Khaled nos comunicó que teníamos que mudarnos de esa casa, sin darnos razón alguna, simplemente diciéndonos que nos íbamos a una casa mejor y más grande. Nuestra nueva casa estaba más apartada de la ciudad que la anterior y alrededor de ella solo había bosque. Pasamos allí algo más de dos años sin volver a oír los truenos. Nuestra vida dio otro giro importante, ya que entonces ninguno de mis hermanos mayores tenía trabajo porque estábamos muy lejos de la ciudad y nos manteníamos con lo que producía nuestra huerta. No sabía en qué día estábamos; solo adivinaba la estación en la que transcurría nuestra vida por el tiempo que hacía.

Una cálida noche de verano, los truenos volvieron. Pero esta vez fue diferente. Los truenos se oían cada vez más cerca, pero no se oía a la gente ya que vivíamos lejos de la civilización. A la tercera noche de truenos, la casa comenzó a temblar. Khaled nos mandó a todos que saliésemos de la casa y que echásemos a correr lo más rápido que pudiésemos. Mi hermanito pequeño, Ali, no pudo correr muy rápido y Fátima dio la vuelta para cogerlo. De repente, tras el estruendo, ambos desaparecieron en una luz. Entonces lo entendí. Lo que antes creía que eran truenos eran en realidad bombas lanzadas por alguien para llevarse a la gente a un lugar mejor, como a mis padres. En ese momento sentí envidia de Ali y Fátima, ya que ellos iban a ver a papá y mamá antes que yo. Los demás dormimos en el bosque con el ruido de más bombas lejanas. A la mañana siguiente, mis tres hermanos y yo fuimos a comprobar cómo había quedado la que había sido nuestra casa durante los últimos dos años. La vista fue espantosa. Nuestra casa estaba calcinada y no quedaba ni rastro de nuestras pertenencias. Khaled nos dijo que debíamos salir del país cuanto antes, ya que estaba en guerra. “Guerra”, una palabra que no me había transmitido temor hasta ese día, ya que lo veía como algo lejano o lo relacionaba con las peleas que tenía con mis hermanos, algo sin importancia. Pero ese día la palabra “guerra” adquirió un nuevo significado para mí. Esa tal guerra se había llevado a papá, mamá, Fátima y Ali; me los había quitado. Desde ese día, temía a la guerra.

Con la ropa que llevábamos y sin nada más, emprendimos nuestro viaje hacia la frontera de Siria con Turquía. Después de un mes y medio de viaje llegamos por fin a nuestro destino. Khaled nos indicó que debíamos escondernos en el remolque de un camión. Tras cruzar la frontera sin que nadie se diese cuenta, nos instalamos en un pequeño motel. No duramos mucho en nuestro nuevo país, ya que después de dos semanas, Khaled nos anunció que nos íbamos a Grecia. Esta vez íbamos a viajar en barco. Yo nunca había viajado en barco y estaba muy emocionada por vivir una nueva experiencia. Tras varios meses de viaje por todo el país, llegamos a la playa, donde nos estaban esperando

ciudadanos sirios, como nosotros, junto a un barco hinchable. Mi desilusión fue inmensa, ya que había imaginado que viajaríamos en un barco grande, como los de las películas que veía con mamá. Nada más montar en el barco mi hermano me dio un chaleco que podía hinchar y pude observar que solo los niños llevaban un chaleco como el mío. No puedo decir el tiempo que pasamos en alta mar, pero para mí fueron siglos. A medida que pasaban los días, había menos gente en el barco. Otra vez sentí envidia porque ellos se habían ido a un lugar mejor, igual que mis padres, Ali, Fátima y ahora mi hermano Mazen. Yo, en cambio, seguía mareándome en ese medio de transporte minúsculo. Muchos se tiraban al agua y no regresaban y más de una vez esa idea estuvo en mi cabeza. Después de mucho tiempo a la deriva, llegó el día que llevaba durante los últimos meses. Un gran barco con muchas luces nos divisó y nos rescató.

Una vez en Grecia, mi hermano, mi hermana y yo fuimos en busca de un nuevo plan. Khaled sugirió irnos a Italia, lo que indicaba otro largo trayecto; mi hermana y yo nos negamos rotundamente y buscamos otro destino. Tras varios meses en Grecia viviendo de las limosnas de la gente, Khaled nos anunció su nuevo plan: había estado hablando con varios compañeros sirios y todos iban a viajar en tren a Hungría. Dos días después, cogimos el primer tren que se dirigía a Hungría. Mi hermana Hala llevaba enferma varias semanas y no soporto el viaje, así que fue a reunirse con papá, mamá y los demás, según me explicó Khaled.

Después de llegar a Hungría, Khaled y yo buscamos junto a varios niños que nos acompañaron en el viaje un sitio en el que pudiéramos empezar de nuevo. Conseguimos encontrar una casita abandonada a las afueras de Budapest. Nos instalamos allí y comenzamos nuestra nueva vida, pidiendo por las calles. Mi hermano Khaled, al tener diecinueve años, consiguió un trabajo de repartidor a domicilio. El idioma era muy difícil, pero, poco a poco, lo fuimos aprendiendo. En la casa vivíamos doce niños, siendo mi hermano Khaled el mayor de todos junto con una chica llamada Lina. Mi hermano y Lina se enamoraron desde el primer momento. Siempre se ayudaban y eran para los demás los padres que tanto necesitaban. Un día, nueve meses después de estar viviendo como podíamos con el dinero que traían Lina y Khaled de sus respectivos trabajos, un señor, Christoff, nos vino a visitar e informó a los adultos que pertenecía a una agencia de adopción. Habían visto a muchos de nosotros pidiendo por las calles, igual que a miles de inmigrantes de mi país, y el gobierno había tomado medidas. Todas las agencias de adopción tendrían que acoger a los niños indigentes, con el propósito de darles una vida mejor. Esta noticia fue recibida por todos nosotros como algo maravilloso, ya que significaba una nueva vida. Por otro lado, nos dio mucha pena despedirnos de los que habían sido nuestra familia, así como nuestros puntos de apoyo en las dificultades que pasamos durante todo ese tiempo.

Khaled y Lina tuvieron que pagar cierta cantidad de dinero para obtener la nacionalidad húngara y así poder casarse. Yo me quedé con ellos, porque Khaled le había suplicado a Christoff que no nos separasen. Un año después, Khaled y Lina me regalaron un sobrino, al que llamaron Ali, en honor a mi hermanito pequeño. Por fin, me explicaron qué les había pasado a papá, mamá y al resto de mis hermanos y sentí un vacío en el pecho más grande aún del que ya tenía. Hoy en día vivo feliz con mi nueva familia, pero sin olvidar todo lo que pasé para llegar a donde estoy.

Yo tuve una historia con final feliz y hoy, veinticuatro de diciembre de dos mil quince y después de cuatro años, celebro la Navidad de nuevo con mi familia. A pesar de que las cosas han cambiado y ya nada es como hace cuatro años, estoy feliz por celebrar de nuevo la Navidad. De hecho, creo que he comprendido el verdadero significado de esta festividad: no es más feliz el que más tiene, sino el que tiene lo que necesita. Hay que celebrarla con tu familia unida, demostrarles y decirles que los quieres, porque nunca sabes cuándo será la última vez que puedes decírselo.